
VERACRUZ.

Llegada del Presidente Constitucional, C. Benito Juárez.

I

EL día 4 de Mayo de 1858, la buena ciudad de Veracruz se había despertado al suave calor de los primeros rayos de un sol hermoso y puro: el mar, suavemente rizado á impulsos de una fresca brisa, enviaba sus blancas y poco elevadas olas á saludar las finas arenas de sus playas, besándolas con imperceptible murmurio; y en todo lo que la vista alcanzaba, distinguíanse al Norte y al Sur los botes de los pescadores que, cual gaviotas meciéndose sobre la superficie de las aguas, se deslizaban al empuje de sus niveas velas para reconducir en la tarde el fruto que recogieran sus tripulantes.

En el interior de la ciudad, que revestía un aspecto medio civil y medio militar, adecuado á las anormales circunstancias por que atravesaba el país entero, las gentes, sin detener el agitado paso, peculiar á los hijos del puerto, se cruzaban atendiendo cada cual al negocio que llevaba entre manos; pero no era extraño oírse, como una pregunta á la que no esperaban contestación, esta frase indicativa:

—Hoy debe llegar el “Mississippi”..... ¿Vendrá?

¿Qué cosa era el Mississippi? ¿A quién parecía como que esperaban los vecinos de la ciudad, ya dos veces heroica entonces?

El "Mississippi" era uno de los vapores mercantes de la Mala Americana que hacían viajes periódicos entre Veracruz y Nueva Orleans; y se creía que en él llegaría el Presidente Constitucional de la República, el C. Benito Juárez, único Jefe legal de los Estados Unidos Mexicanos.

Hé ahí la respuesta á la pregunta que las gentes se hacían en las calles.

II

Los buenos, los alegres veracruzanos, cuyo carácter está, cualesquiera que sean las circunstancias, siempre dispuesto á la broma que no á la tristeza, habían reído á más y mejor con lo que, meses antes, se dió en llamar "el sitio de Echagaray;" sitio ridículo y grotesco, durante el cual, y para *reducir al orden* á los defensores de la plaza, las tropas sitiadoras no asomaron siquiera las narices en cinco leguas á la redonda; y después, cuando colgaron de la percha ó de algún clavo los arreos militares para convertirse nuevamente en laboriosos paisanos, se entregaron de nuevo á sus tareas cotidianas. Mitad soldados, mitad paisanos, lo mismo atendían á sus labores que se ocupaban de la política: artesanos en el taller, empleados en las oficinas, ó comerciantes en sus tiendas ó escritorios, todos eran *guardias nacionales* en los cuarteles: y los que en el día manejaban el escoplo, la pluma ó la plomada, en la noche, cruzado el pecho con el *correaje*, ó portando á la izquierda luciente espada, lo mismo hacían su *cuarto de centinela* en los puestos de guardia, si eran *tropa*, como daban patrullas; ó recorrían el *recinto*, estando de ronda ó de vigilancia, si eran oficiales; compartiendo así, con los viejos veteranos del ejército permanente, el servio de las armas.

El Coronel Gutiérrez Zamora y el General Iglesias, Gobernador del Estado el primero, y Comandante militar el segun-

do, eran los hombres prominentes de la ciudad; y veteranos y guardias nacionales se tenían mutuo cariño y confianza, sobre todo, desde que ambos jefes, volviendo sobre sus pasos, y sostenidos por las fuerzas que fuera de la ciudad comandaba el General Llave, desconocieron el orden de cosas creado por el "Golpe de Estado" que imprudente é inconsideradamente dió el Presidente Comonfort, entregando la capital de la República á las huestes reaccionarias que la guarnecieron, y una gran parte del país á los restos del ejército de Santa Anna, y á los aventureros que se enseñorearon de él, unidos á frailes y curas que, cambiando el hisopo y la naveta por el trabuco y el puñal, se hicieron guerrilleros para aniquilarlo, bajo el pretexto de que defendían una "religión" que autorizaba el robo y el asesinato, y ciertos "fueros" que convertían al hombre libre en vil esclavo.

La derrota de las tropas constitucionales en Salamanca; la nefanda traición del Coronel Landa; los movimientos reaccionarios en Puebla, en Jalapa y en Orizaba; el sitio de Perote, el pronunciamiento de Negrete en Corral Falso; nada de esto hizo decaer el ánimo de los veracruzanos, dispuestos siempre á sostener con las armas y á costa de su sangre si era preciso, que Veracruz, á la que se tituló desde la época de la Independencia "Cuna de la Libertad," no sólo mantendría sus derechos, sino que conservaría á todo trance tan noble título, á menos de ser arrasada hasta en sus cimientos, y sepultados sus hijos bajo sus ruinas, por aquellos que pretendían convertir á la República en un país de "siervos y esclavos."

Y entiéndase que este sentimiento patrio no era exclusivo á sólo los hombres: niños, jóvenes y ancianos; la mujer del jornalero y la dama de alto rango participaban también de él, sintiendo arder en su pecho el sagrado fuego de la libertad; y hasta los extranjeros que de años atrás se consideraban como hijos de la heroica ciudad, se alistaban bajo la bandera constitucional para auxiliar á sus amigos y hermanos.

La noticia de la prisión de Juárez y su Gabinete en Guadalupe, debida á la inicua traición del jefe militar á cuya lealtad y honor se había confiado, exaltó los ánimos en Veracruz; y lo que hasta entonces sólo fué desprecio á la reacción, se convirtió en odio; odio que, á través de los años, se profesa aún hoy contra todo aquel que se declara enemigo de la libertad. Pero cuando se supo que debido á la elocuente palabra de Guillermo Prieto, al valor cívico de Ocampo, y á la valentía temeraria del Coronel Iniestra, pudo escapar á la ferocidad del enemigo, sólo un pensamiento germinó entre el vecindario todo: que fuera á ampararse de Veracruz.

El patriota Gobernador y el leal jefe de las armas federales sabían que otro jefe, no menos leal, patriota y valiente, el Coronel Vicario, que había estado de incógnito en la ciudad para conferenciar con ellos, se ocupaba de hacer llegar hasta Juárez la idea de establecer su residencia dentro de la invicta ciudad, y confiar la salvación de la bandera constitucional al patriotismo de sus hijos; y cuando por su conducto tuvieron la certeza de que el ilustre indígena llegaría al fin, para plantar sobre firme baluarte la enseña liberal, lo hicieron saber al pueblo, y el pueblo, lleno de justo orgullo y de satisfacción, se dispuso, sin distinción de clases ni sexos, á celebrar dignamente tan fausto acontecimiento.

Al efecto, todo se preparó anticipadamente. Palacio, oficinas, servicio particular..... Sólo se esperaba su llegada.

III

Más de medio día había transcurrido, y en vano curiosas miradas habían consultado á cada momento el telégrafo de señales montado en el "Caballero Alto" de la fortaleza de Ulúa.

El "Mississippi" se hacía esperar demasiado, y no aparecía ni como un punto apenas en la vasta extensión que podía interrogar el poderoso telescopio del vigía: menos aún la "Cor-

neta" que, puesta al tope del palo mayor, debía anunciar "Jefe de alta graduación á bordo."

Eran las tres de la tarde y el mar continuaba desierto.

IV

Los cuerpos de la guarnición, perdida toda esperanza, pasaban á esa misma hora revista de Comisario, en sus cuarteles unos, y otros en la Plaza de Armas, ó de La Constitución, como reza la lápida conmemorativa que se ostenta en el frontis del Palacio Municipal.

Una señal aparece de repente en el tope y costado Sur del telégrafo: las ondas armónicas conducen hasta la ciudad el toque de "vela," que se hace oír en la fortaleza y repite presurosa la plaza; y cuando la duda de si sería ó no el buque señalado, el que con tanto afán se esperaba, comenzaba á preocupar los ánimos, un cañonazo disparado desde el "Caballero Alto," anunció con su potente voz:

—¡Ahí está Juárez!

Las gentes corren presurosas á ataviarse con sus mejores galas, llevando pintados en el rostro el contento y la alegría; y —¡Ahí está Juárez!— repiten á cuantos encuentran en su marcha.

La ciudad sale de su letargo: el práctico se lanza al mar para dar entrada al venturoso buque; el comercio cierra sus tiendas y almacenes; sus talleres los artesanos; se suspenden las obras públicas; las oficinas despiden á sus empleados; y en tanto que las señoras coronan las azotes, provistas de excelentes anteojos, y los extranjeros con los que no son soldados, corren al muelle para ser los primeros en saludar al ilustre huésped, los cuerpos de la guarnición vuelven á sus cuarteles para vestir de gran uniforme, distinguiéndose ya las lanchas que conducían las tropas francas de Ulúa.

V

Todos deseaban conocer á Juárez, la encarnación del patriotismo: todos querían ser los primeros en saludarlo: todos experimentaban una sensación de placer, porque venía á ponerse bajo el amparo de Veracruz el Primer Magistrado de la Nación. Las fachadas de las casas quedaron revestidas como para una fiesta nacional en pocos momentos; y en balcones y ventanas se ostentaban lujosos cortinajes, elegantes colgaduras.

Las tropas fueron llegando al son de sus marciales músicas que llenaban el aire con sus alegres ecos; y cuando todas estuvieron reunidas, comenzó el desfile para formar la "valla" desde la Punta del Muelle hasta la Iglesia Parroquial, y desde aquí hasta el improvisado Palacio de Gobierno, instalado anticipadamente en una hermosa casa de la calle de Puerta Nueva. Los batallones de infantería Guardia Nacional, Fijo de Veracruz y 2º Mixto, todos en alta fuerza, á las órdenes del Coronel de artillería C. Francisco Paz, Jefe de la columna, cubrieron el trayecto que debía recorrer la comitiva oficial: el batallón de artillería Guardia Nacional con dos baterías, y una compañía de la "Permanente" con su dotación correspondiente, se situaron en la Plazuela del Muelle para hacer el saludo de Ordenanza, á la vez que en Ulúa y en los baluartes de la plaza, al poner el pie en territorio veracruzano el Primer Magistrado de la Nación, con tanta ansia esperado.

El "Mississippi" avanzaba entretanto velozmente, apurando la fuerza de su máquina: distinguíanse ya las cascadas que improvisaban sus enormes ruedas, al azotar poderosas la superficie de las aguas: la "Corneta" flotaba gallardamente como para convencer á los espectadores de que no era una ilusión la esperanza que dentro de breve espacio verían realizada; y luego, cuando entró al canal del Norte, atenuó su marcha

para llegar á la bahía, grave, majestuoso, reposado, como era el hombre que con orgullo conducía á su bordo.

Multitud de embarcaciones menores fueron á su encuentro, conduciendo á cuantos podían contener; y á la cabeza, con doble dotación de vigorosos bogas, las falúas de la Capitanía del puerto y de la Comandancia del Resguardo, la bandera nacional á popa, donde iban las autoridades superiores civiles y militares del Estado y de la ciudad.

Cuando fondeó el "Mississippi," cuando sus pesadas ondas levantaron al caer al mar una inmensa cascada de blanca espuma que azotó sus costados, un estrepitoso clamor de alegría, cuyo eco llegó hasta el muelle, indicó á los espectadores que, más felices aquellos, habían saludado al fin al nuevo reductor del pueblo mexicano!

Juárez posó su planta en la escalinata que da acceso al muelle, y las baterías de la plaza, las de Ulúa y las de la columna de honor lo saludaron en nombre de la ciudad. El clarín de órdenes hizo oír un punto de "atención," y la poderosa voz del jefe que mandaba ordenó presentar las armas, batiendo marcha las bandas, y tocando el "Himno Nacional" las músicas de los batallones, á la vez que en el interior de la ciudad un repique á vuelo en todas las iglesias mezclaba su sonora voz á la potente de los cañones.

Juárez estaba conmovido, y no procuraba ocultar su emoción: su venerable frente se inclinó por un momento, como agoviado por triste recuerdo; y cuando la alzó, radiante la mirada, un tanto velada por rebelde lágrima que vino á poner de manifiesto su agradecimiento, lució para los veracruzanos una promesa de fé, que acogieron con frenéticos aplausos, acompañados de los gritos de ¡viva México! ¡viva Juárez! ¡viva la Libertad!

Grave y majestuoso era su continente; confiada y firme su mirada, cuando con paso lento y reposado recorrió el trayecto que mediaba entre el muelle y el templo parroquial. Ro-

deado de sus ministros que con él compartían los aplausos de que era objeto, Zamora é Iglesias iban á su lado, acompañados de sus oficiales de Estado Mayor; y los soldados al pasar á su frente, presentaban altivos el arma que portaban, confirmando así un juramento de fidelidad.

Llegó al templo.

Aún no estaba separada la Iglesia del Estado, y un venerable sacerdote honra y prez de su clase, que siempre permaneció fiel á sus principios y deberes como sacerdote y como mexicano, el Rev. Fr. Cristóbal Noriega, capellán del batallón Guardia Nacional de Infantería, entonó el "Te-Deum laudamus," que era á la vez el *de profundis* de la reacción.

Ya en palacio, cuya guardia de honor fué confiada á la compañía de "Cazadores" del batallón de Veracruz, el Gobernador Gutiérrez Zamora le dió la bienvenida en nombre de la ciudad y de la guarnición en cortas pero sentidas y expresivas frases que podían reasumirse en sólo esta:

"Veracruz os recibe con unánime aplauso, con orgullo y con placer, porque sois el portador del arca santa que encierra nuestras libertades. Triunfaremos porque aquí no cabe la deslealtad, ni jamás ha encontrado eco la traición."

VI

A las doce de la noche, la ciudad profusamente iluminada desde las primeras horas, dormía tranquila y regocijada; y el primer Magistrado de la Nación, así como sus Ministros, descansaban también de las fatigas de largos y penosos viajes emprendidos para llegar al puerto de salvación.

Sólo se oía, á distancia, el marcial ¡alerta! de los numerosos centinelas que velaban el tranquilo sueño de la ciudad.

VERACRUZ.

Permanencia del C. Benito Juárez.—Primero y segundo sitio de Miramón.—Llegada del batallón "Guarda-Costa" de Tampico.—Aproximación del vapor "México" á la ciudad.—Estado de defensa de la plaza.—Captura de la excuadrilla al mando de D. Tomás Marín.—Reconocimientos y ataques del enemigo.—Retirada del ejército reaccionario.

I

LA presencia del Presidente Juárez y su Gabinete en Veracruz, imprimió un nuevo aspecto á la ciudad, aparte de la importancia política que le dió y que la hizo el punto objetivo de los usurpadores que se habían enseñoreado, no sólo de la Capital de la República, sino también de todas las principales ciudades del Interior.

Fácil era prever que Miramón, Márquez, Robles y demás prohombres de la reacción, intentarían apoderarse del puerto, como se habían apoderado de Jalapa, de Córdoba y de Orizaba en el Estado; pero había dos obstáculos difíciles de superar: la incontrastable firmeza del Gobernador Zamora y la indisputable lealtad de los veracruzanos.

Dos escollos contra los cuales debían estrellarse siempre los defensores de "Religión y Fueros."

Y á fe que había razón.

Veracruz, cuna de la libertad, nunca consintió la supremacía del "fuero," y de ello dió pruebas constantes durante el último gobierno del General Santa Anna; y en cuanto á